



ANY V. REUS, 1.^{er} I 15 D'OCTUBRE DE 1924 NUMS. 113-114.

Biografía del Dr. Joan Baptista Grau i Vallespinós

llegida per son autor el Dr. RAMON MINGUELL en l'acte de col·locació del retrat del sabí bisbe en la Galeria de Reusencs Il·lustres, del CENTRE DE LECTURA, celebrat en la nit del 16 de juny de 1917.

SEÑORES: he de dar ante todo las más rendidas gracias a la respetable Junta del CENTRO por la inmerecida confianza de ofrecerme hoy esta tribuna, y he de darlas también a este culto y selecto auditorio por la benignidad de oír la lectura de estas cuartillas dirigidas a enaltecer la memoria del Obispo Dr. D. Juan Bautista Grau Vallespinós, cuyo retrato ha merecido el laudable acuerdo de ser colocado en esta Galeria de Reusencs Ilustres.

Como sabéis, nació el Dr. Grau en la casa núm. 21 de la calle de San Benito de esta ciudad, el día doce de noviembre de 1832. Al fallecer en la villa de Tábara en 18 de septiembre de 1893, alcanzaba su existencia más de 60 años, que los había vivido por su orden cronológico, catorce en Reus, casi trece en Barcelona, cerca de tres en Madrid, año y medio en la ciudad de Las Palmas de la Gran Canaria, veintitrés en Tarragona y los últimos siete en Astorga.

En Reus alborea su vocación al estudio y al sacerdocio, que le lleva a preparar Latín y Humanidades en el aula del reusense Balart, uno de los más famosos latinistas de Europa, según testimonio de Menéndez Pelayo.

Cursa en Barcelona la carrera eclesiástica simultaneándola con las de Jurisprudencia y Filosofía y Letras, aparte del destajo lectivo que cumple jadeante entre los estímulos de la necesidad y los ideales de la vocación. Y aún en Madrid, para terminar los estudios de Filosofía y Jurisprudencia, ejerce de preceptor en la casa de los Condes de Zaldivar, de cuyo hijo el Vizconde de la Bahía honda de la Real fidelidad recibe el honor de ser apadrinado en la primera misa que celebra en la iglesia de las Salesas de la Corte.

Elegido por unanimidad y previa oposición, canónigo de las Palmas, sobresale como abogado defensor del Cabildo en los estrados de aquella Audiencia; llegan-

do joven aún, a los 30 años, a su canonicato de Tarragona, donde cobra extraordinario prestigio por su actuación social, por el desempeño de sus cargos eclesiásticos, principalmente por el de Provisor y Vicario general, cuyos merecimientos le valieron la consagración de Obispo junto con el honor de ser apadrinado en ella por este Excmo. Ayuntamiento.

Pero permitidme, Sres., que no siga detallando la biografía del ilustre reusense, porque no haría más que repetiros la que está impresa con otros estudios biográficos de varios autores en el libro del Homenaje al Obispo Grau, y prefiero para corresponder mejor a la invitación de esta ilustrada Junta, sustituir las ya publicadas por otras inéditas observaciones, pobres por ser más, sobre el carácter visible, público y aún popular que distinguía la vocación episcopal del Dr. Grau.

Hijos del mismo pueblo y convivientes por algunos años en esta diócesis, mi inferior edad me privó más que nada de contraer con él amistad ni relación alguna.

Le había conocido personalmente siendo yo todavía muy niño. En la iglesia de la Providencia aprendí uno de sus títulos eclesiásticos antes que su nombre propio. Era un día, no sé de que mes ni año, que bajaba de mi casa a la iglesia, tampoco recuerdo si a seguir con algún juego convenido en la víspera con mis compañeros, o a cumplir directamente mis deberes de monaguillo. El caso fué que al penetrar en el templo, instintivamente hube de detenerme ante el primer altar, porque, contra la diaria costumbre, veía sorprendido que estuviese allí con sotana y roquete y palmatoria en la mano, ayudando a misa el virtuoso monago de las clarisas.

Y en seguida que empecé a mirar al celebrante, no me pareció como los otros curas, pues leía con monóculo la epístola y revestía el alba mejor rizada y la casulla más rica del convento. Invaso por una profunda impresión reverencial y sin haber

salido de la primera sorpresa, pregunté a los pequeños amigos de acolitado por el celebrante, y el mayor de ellos respondiendo con satisfactorio alarde de bien enterado, dijo que era el Vicario general. Así lo dijo sin más nombres ni palabras: el Vicario general. Y por manifestarlo así y sentirnos todos llenos de respeto ante aquella figura que nos cautivara primero por su título, por un dulce señorío de devoción y majestad, ya quedábamos contentos, sin querer averiguar si fuera de aquel personaje y de su título habrían de existir preeminencias mayores que la suya en el orden eclesiástico.

No se crea, sin embargo, que fuese una simple admiración infantil la que voy recordando. Durante el tiempo aludido, todos, absolutamente todos los hijos de Reus sentían, según repetidas veces se ha referido, igual admiración por su hijo predilecto, por su Vicario general. Y más por los dos vocablos del título que por su nombre propio se le designaba constantemente. ¿Porqué así? ¿Porqué con tanta frecuencia se le nombraba por su título? ¿Es que lo hacían sus admiradores para darse a sí mismos más lustre, más importancia como reusenses, cual sí sufrieran algún colectivo acceso de esa megalomanía que nos atribuyen a la generación actual, los que, vencidos quizás en otras partes, al querer ejercer aquí de vencedores, miran nuestro patriotismo como una simplista danza de bengalas y cascabeles, y toman por inveterado paroxismo del amor patrio lo que no es en nosotros reusenses sino un hondo, nativo desdén a la ingerencia irruyentes a la docencia altiva y a la tutela innecesaria?

No había, señores, en este caso de admiración colectiva sino el fenómeno natural que suele repetirse en pueblos y sociedades, donde si se le designa con creciente insistencia por el título de un cargo no supremo en su orden a quién lo ejerce, es para significar que de público se le reconocen tanto aptitud y cualidades para des-

empeñarlo cuanto virtudes y merecimientos para la promoción.

Así sentían nuestros padres la vocación del esclarecido reusense, e igual la reconocían y declaraban por aquellos años en Tarragona mis compañeros de estudio. No discutían la vocación en sí misma, sino el tiempo que iba tardando en cumplirse. Y ahí, para explicar tal demora, daban los *seminaristas mayores*, casi con todo el aplomo de una sentencia, una razón política, que solían derivarla de los años en que el Dr. Grau hubo de encargarse del gobierno de la diócesis. Decíase que durante aquellos años, por haber mostrado el Doctor Grau prudencia, valor y gran carácter en resistir los ataques de la revolución, al pasar después la revolución a constituirse en partidos gubernamentales, sucedió que el que había sido vencedor, hubo de salir vencido en el curso ascendente y triunfal de su carrera.

Tan alta ponían los alumnos la medida del elogio que nunca he podido borrar de mi memoria, aquella cariñosísima contienda en que después de enaltecer la figura del caudillo capitular y la sabiduría del sentenciador inapelable, subíase al superior extremo de resolver que si el secretario de cámara, según confesión de su prelado, podía llevar más de una mitra, el Vicario general podría llevar más de dos.

De este modo venían confirmando los seminaristas de Tarragona lo que muchos años antes había previsto el profesor de Moral del seminario de Barcelona, quién del alumno Grau y de sus cinco discípulos proclamaba que los seis serían obispos, aunque sin presentir que a uno de los seis le alcanzaría el tiempo de llegar como llegó a cardenal.

Mas no era solo el profesor de Barcelona, ni solos los estudiantes de Tarragona, ni solos los amigos de carrera y conocidos de determinadas clases sociales en reconocerle al Dr. Grau vocación superior para la prelación, sino los hijos de las clases más humildes, aún sin poseer las sabias normas

de la discreción de espíritus, participaban de idéntico parecer, que quizá nunca como en la víspera de la consagración episcopal llegarían a manifestarlo mejor, cuando reunidos esperando al pié de la escalera de la Estación del Norte, al aparecer en la puerta de salida los cuatro prelados, con la rudeza de los que sólo miden las figuras por el semblante y con alegre espontaneidad rayana en indiscreción, decían del electo: ¡es el más obispo, es el más obispo!

Y este voto general, unánime en favor de la vocación del Dr. Grau, este constante, invencible deseo que todos sentíamos de verle obispo; ¡ah! en aquel momento solemnísimo de la consagración; mientras todas las miradas no parecía sino que buscaban el término de aquel largo e imponente ceremonial; ya antes de que apareciera al pié del altar el gran sacerdote del Señor con la mitra de su pueblo en la frente, con el báculo de su pueblo en la mano, y con las lágrimas de la fé y de la gratitud en sus ojos; el deseo unánime de todos y la ansiedad y el entusiasmo de la muchedumbre congregada en el templo, todo lo recogía de una sola vez la voz del prelado consagrante cuando abriendo sus brazos y estrechando contra su pecho al nuevo ungido, le decía gritando con profunda simpatía y emoción: *ja't tinc bisbe, ja't tinc bisbe.*

Ya es Obispo. Y dejando el insigne patricio su corazón en la patria que tanto quería, allá se dirige a su lejana diócesis de Astorga con los dos mayores ideales de la misión episcopal: el de la disciplina canónica de su clero, que desarrolla en el Sínodo diocesano, en las Constituciones sinodales, en el Arreglo de cerca de mil parroquias, en la reforma del Arancel parroquial; y el otro ideal de la educación cristiana de su grey, que desenvuelve en sermones, en pastorales, en revistas, en misiones y escuelas; pero cuando eran tantas las obras de su generoso esfuerzo, y mayores aún los proyectos iniciados, entonces

el ministro divino que seguía siendo, como había sido siempre, hombre de vocación, de merítisimo talento, de actuación restauradora, alma selecta, espíritu privilegiado, perenne en la gratitud, magnánimo en la protección, varonil en la lucha, grande en el poder, ilustre patricio que no olvida, celoso pastor que ama, fervoroso apóstol que vence en el cumplimiento del deber, en la santa visita pastoral, sufre una desgracia, y aquellos labios que vibraran enérgicos ante la injusticia que le hería el alma, enmudecen ahora ante la enfermedad que le roe el cuerpo y descolora la vida, y ha de morir, víctima de su fé y de su celo, como mueren los apóstoles, como mueren los mártires, al pié de su misma obra, de su grande obra de redención.

Bien haya el CENTRO DE LECTURA al enlazar hoy el nombre del Dr. Grau con otros célebres en esta Galería, en la que siempre merecería colocársele, si no fuera por los títulos que le hacen ilustre, sería por los otros que le hacen reusense, y si por éstos no fuera, sería por su amor a la cultura, que es el que adopta como distintivo especial este CENTRO.

Bien haya el CENTRO DE LECTURA al enlazar hoy la memoria de Grau, pues él que por su amor a la cultura deja el telar paterno por la escuela, el seminario, la Universidad, alternando victorioso la conferencia privada con la oposición oficial y la lid literaria en Barcelona; él, que ha sido en Canarias esclarecido forense y alma de

los coros catequísticos, cuyos pocos supervivientes conmemoran todavía al piadoso maestro; él, que salva en Tarragona de inminente disolución el Museo provincial, mientras restaura en el seminario la enseñanza de los clásicos, y organiza el certamen del maravilloso «Somni de Sant Joan», de Verdaguer, fundando un colegio con órgano en la prensa para seminaristas pobres de toda la nación, junto con la asociación de misioneros para ejercitarlos en el bíblico enseñad a todas las gentes; él, que sigue fundando en pueblos del obispado de Astorga escuelas gratuitas de ambos sexos, y en la capital de la diócesis el Museo diocesano, y en el seminario las escuelas de declamación, de canto, de periodismo, haciendo resurgir de las cenizas de su palacio el asombroso arte del gran profeta de la arquitectura moderna Antonio Gaudí; él, en fin, que si muere para su obispado, no muere para su ciudad natal donde viven su biblioteca y sus escuelas testamentarias, bien ha podido merecer como honores públicos de gratitud y veneración, el título de la calle que se dignara concederle este Excmo. Ayuntamiento, el espléndido y popular Homenaje que iniciara su excepcional discípulo y prelado nuestro, Don Antolín López Peláez, y hoy la nueva gloria de ser inscrito solemnemente su nombre en esta Galería ilustre, para que siga mereciendo los respetos del CENTRO, los aplausos de la patria y las bendiciones de la historia.

HE DICHO

